

Anuario de Estudios Filológicos, ISSN 0210-8178, vol. XXXIII, 2010, 81-94

Recibido: 21 de mayo de 2010.

Aceptado: 29 de junio de 2010.

TROPOS ENCADENADOS: LA METÁFORA DE LA ANTÁRTIDA COMO PÁGINA EN BLANCO

JAVIER GUIJARRO CEBALLOS
Universidad de Extremadura

Resumen

Ciertas corrientes geográficas modernas combinan el análisis material y formal del paisaje natural con el estudio de sus representaciones y valoraciones culturales. Naturaleza y Cultura son pues dimensiones solidarias en la percepción objetiva y subjetiva del paisaje y, por ende, ambas susceptibles de estudio geográfico. En la descripción textual del paisaje antártico ciertos elementos objetivables de su geografía determinan la topología rastreable en textos históricos y ficticios que sitúan su fábula en el sexto continente. Al mismo tiempo, las figuras que trasladan retóricamente la geografía al texto antártico activan nuevos encadenamientos tropológicos en el discurso, más desligados de la realidad antártica, que inciden a su vez en la percepción subjetiva del paisaje en tanto que configuración cultural. En este artículo se comenta la impronta de la blancura del paisaje natural en algunos discursos antárticos, la traslación figurativa que asocia el tropo de la blancura con la página en blanco y la dimensión representativa y valorativa que este encadenamiento metafórico puede suscitar en la historiografía de la Antártida.

Palabras clave: Antártida, paisaje, metáfora, historiografía.

Abstract

Certain modern geographical approaches combine the material and formal analysis of natural landscapes with the study of cultural representations and assessments of those landscapes. Nature and Culture are thus complementary dimensions in the objective and subjective perceptions of landscape, and, therefore, they both may be the subject of geographical study. In textual descriptions of the Antarctic landscape, certain measurable elements of the landscape determine the topology that can be found in historical and fictional texts that place their tales in the sixth continent. At the same time, the figures that rhetorically translate the Antarctic geography into text activate in the discourse new tropological links, which are further away from the Antarctic reality, and which, in turn, activate the subjective perception of landscape as a cultural configuration. In this article I comment on the traces left by the whiteness of the natural landscape on some Antarctic discourses, on the figurative translation which associates the trope of whiteness

with the blank page, and on how this metaphoric linking may lead to the representation and assessment dimensions in the Historiography of Antarctica.

Keywords: Antarctic, landscape, metaphor, historiography.

Entre la descripción objetiva y analítica de un entorno natural y su re-categorización, textual y figurativa, como «paisaje» media un estadio discursivo que implica la activación de ideas, imágenes y vivencias humanas. Esa mediación humana, superado su valor estrictamente individual, arrastra consigo la dimensión cultural en la percepción paisajística. Reflexionando sobre el paisaje, comenta Martínez de Pisón que «una parte de lo propiamente humano es esta capacidad de otorgar sentido cultural a su existencia y, en ésta, a su relación con el medio. El paisaje es, pues, un nivel cultural»¹. La pátina cultural con que la configuración paisajística reviste la plasmación transparente y mediata del entorno natural lo humaniza, de manera que los significados literarios, pictóricos, audiovisuales, interpretativos o etnológicos adheridos a la percepción geográfica del medio natural la particularizan y han de integrarse en una «geografía cultural» y hasta «sentimental». Geógrafos como Martínez de Pisón o Jean Marc Besse, partidarios de esta doble estimación, natural y cultural, desestiman la orientación geográfica que postula para el paisaje una consideración exclusivamente física, susceptible de trasladarse en moldes objetivos y científicos, anclados en último término en el marco epistemológico del positivismo y su aspiración a una «Ciencia del paisaje» o *Landschaft künde*². Y desestiman idénticamente la perspectiva insolidaria contraria, la «constructivista», que minimiza el aspecto físico y mensurable del paisaje para reducirlo a una invención cultural, tesis sostenida por geógrafos modernos como Stephen Daniels y Denis Grove³, que suscribirían planteamientos constructivistas como los expuestos por Francisco Ayala: «Son los paisajes pintados quienes inventan el paisaje natural; pues éste [...] está siendo construido *in situ* por el ojo de un observador [...] cuya sensibilidad ante ese entorno físico concreto es activada y funciona a través de una cierta tradición pictórica»⁴. En este estudio sobre la recurrente

¹ Eduardo Martínez de Pisón, «Reflexiones sobre el paisaje», en VV.AA., *Estudios sobre historia del paisaje español*, ed. Nicolás Ortega Cantero, Madrid, Ediciones UAM y Fundación Duques de Soria (Instituto del Paisaje), 2002, págs. 13-24, la cita en pág. 13.

² Julio Muñoz Jiménez, «El orden natural del paisaje», en VV.AA., *Naturaleza y cultura del paisaje*, ed. Nicolás Ortega Cantero, Madrid, Fundación Duques de Soria y Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid (Colección de Estudios, 91), 2006, págs. 37-52, especialmente págs. 38-40.

³ Nicolás Ortega Cantero, «Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje», en VV.AA., *Naturaleza y cultura del paisaje*, *op. cit.*, págs. 9-35, pág. 30.

⁴ Francisco Ayala, «El paisaje y la invención de la realidad», en VV.AA., *Paisaje, juego y multilingüismo. X Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* (Santiago

presencia del blanco en la descripción del paisaje antártico y sobre los tropos que activa esta conexión paisajística parto de la consideración solidaria de la doble perspectiva natural y cultural postulada por Martínez de Pisón o Jean Marc Besse. Aclaro desde el inicio de esta exposición que mi adhesión personal a esta perspectiva dual de la Geografía moderna está sobrepujada por una necesidad teórica y metodológica: tras la lectura del breve *corpus* de textos antárticos, históricos y ficticios, que se comentan a continuación, advertí que sólo esos postulados paisajísticos me permitían tender puentes entre la realidad, la construcción de la realidad y la incidencia del constructo en la realidad captada; en otros términos, entre la geografía antártica, su plasmación discursiva y la incidencia de ésta en la percepción del paisaje del continente austral y en su reflejo historiográfico.

La Antártida. Continente prácticamente deshabitado. Tierra extrema en sus fríos⁵, azotada por las ventiscas⁶. Último confín de una naturaleza virgen, apenas mancillada por el hombre y su cultura civilizadora y técnica. Depósito del mayor porcentaje de agua dulce mundial, y al mismo tiempo la zona de menores precipitaciones de lluvia, más desértica aun que el Sahara⁷. Territorio inhóspito para la vida humana y animal en su mayor extensión. Una enorme superficie continental, hundida por el peso de una sólida capa de hielo. Realidad tan distinta que precisamos para su descripción de una nomenclatura específica, donde el *ice* prefija o sufija lingüísticamente su gélida realidad⁸. Calvo Roy prelude su libro con un primer capítulo donde se incide recurrentemente en la extrema escasez de precipitaciones, las velocidades del viento, las reservas descomunales de agua dulce, la apabullante

de Compostela, 18-21 de octubre de 1994), ed. Darío Villanueva y Fernando Cabo Aseguinolaza, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela y Consorcio de Santiago de Compostela, 1996, 2 vols., vol. I (*El paisaje en la literatura*), págs. 23-31, la cita en págs. 23-24.

⁵ Véanse los datos ofrecidos por Charo Nogueira, *Viaje a la Antártida. Vida y secretos de un continente amenazado*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pág. 13.

⁶ Juan Batista González (*Antártica: ayer, hoy, mañana*, Madrid, Alianza Editorial [Historia, 4204], págs. 35-37) y Peter Matthiessen (*El fin de la Tierra. Viajes a la Antártida*, traducción Ángela Pérez, Barcelona, RBA Revistas, 2004, pág. 42) describen comprensiblemente para un lector no especializado el origen de estos vientos catabáticos antárticos. Para Frank Debenham, la Antártida es el Hogar del Viento; es «la característica más dominante, casi absoluta e incluso abrumadora, de la Antártida» (*Antártida, historia de un continente*, traducción F. Piera Costa, Barcelona, Ediciones Garriga, 1963, pág. 133).

⁷ Sobre las reservas antárticas de agua dulce, véanse los comentarios de Batista González (*op. cit.*, págs. 20, 27) y de Nogueira (*op. cit.*, págs. 11, 32). Sobre la extrema falta de precipitaciones, reténgase de nuevo la clarificadora fórmula de Debenham (*op. cit.*, pág. 144): «La Antártida es en realidad un desierto frío».

⁸ Frank Debenham (*op. cit.*), más bien su traductor al español en las notas a pie de página, define por ejemplo los términos de *Pack-ice* (pág. 13, n. 1), *Pancake-ice* (págs. 16, 153), *Icebergs* negros (pág. 43), *fast-ice* (pág. 75, n. 1), *Young ice* (pág. 77, n. 1), *Sea-ice* (pág. 78, n. 1), *Ice-floe* (pág. 78, n. 2), *Frazil ice* (pág. 153, n. 1), *Ice-blink* (pág. 155) o *Brash ice* (pág. 156).

extensión (sobre todo cuando en invierno se congelan las aguas que circundan el continente) y la altura media de la capa de hielo que agobia con su peso el continente⁹. El autor selecciona un haz de rasgos resaltado por viajeros antárticos precedentes y posteriores. Por ejemplo, Charo Nogueira, periodista con responsabilidades de documentalista en la expedición española organizada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que embarca a bordo del rompehielos argentino *Irizar* con destino a la Antártida. Su relato del viaje de 1997 se inicia con una festiva salutación que incorpora al lector a las impresiones probables de los propios expedicionarios: «Bienvenidos a la Antártida, el lugar más inhóspito del mundo. Un continente para el Guinness: el más frío, inaccesible y seco del planeta». A las plusmarcas de inhospitalidad, frialdad, inaccesibilidad y sequedad, súmesele el récord de altitud media: «Esta décima parte de la superficie terrestre es un continente, aunque recubierto de hielo; aplastado por una capa blanca de hasta 4.700 metros de espesor. Esta alfombra contribuye a otorgarle el honor de ser el pedazo del planeta con mayor altitud media: 2.050 metros sobre el nivel del mar frente a los 600 de los demás continentes»¹⁰. En conformidad con el planteamiento geográfico dual antedicho, estimo que la recurrencia de los rasgos resaltados en la descripción de la Antártida no «construye» la realidad antártica, sino que la refleja, si bien asumo idénticamente que la cultura incide en su percepción, siquiera sea porque la reflexión especular enmarca ciertos elementos y deja otros fuera del cuadro. El pergeño de Nogueira introduce en el discurso una figura tropológica cuyos términos real y figurado centran el interés de este artículo: la espesa capa de hielo y nieve que cubre la placa continental de la Antártida es una «alfombra». El trasvase metafórico desde el término real (la capa de hielo) al figurado (la alfombra) puede acogerse a las definiciones tradicionales de la metáfora (*metaphorá*, de *metaphérein*, ‘transportar’, y su calco latino *translatio*, de *transfere*, ‘transportar’), que apuntan a la «sustitución de una palabra por otra cuyo sentido literal posee cierta semejanza con el sentido literal de la palabra sustituida». Se trata de una definición coherente con la concepción de los tropos como figuras de sustitución (*immutatio*) que afectan a palabras individuales. El procedimiento sería el resultado de la condensación de una comparación, de ahí la definición de la metáfora como *similitudo brevior*¹¹. Si resolvemos la abreviatura con que se ha cifrado verbalmente la

⁹ Antonio Calvo Roy, *La Antártida, catedral del hielo*, prólogo Eduardo Martínez de Pisón, Madrid, McGraw-Hill (Serie Divulgación científica), 2.ª edición revisada y ampliada, 2000, págs. 1-2.

¹⁰ Nogueira, *op. cit.*, págs. 11 y 51, respectivamente.

¹¹ Bice Mortara Garavelli, *Manual de Retórica*, Madrid, Cátedra (Crítica y estudios literarios), 1988, pág. 181.

asociación figurativa, «capa de hielo y nieve» es sustituido por «alfombra» por la comparación implícita entre dos formas diferentes de cubierta del suelo. Sin embargo, y a la luz de los siguientes tropos, uno estaría tentado de considerar que la alfombra de Nogueira sólo puede imaginarse de un color: una «alfombra blanca».

En la novela *Antártida* de Kim Stanley Robinson, la capa de hielo y nieve impone su impronta de blancura en las metáforas de Wade Norton, asistente del senador demócrata estadounidense Philip Krisha Chase y desplazado al continente blanco para investigar unos misteriosos atentados ecoterroristas. A vista de pájaro, desde la ventanilla del Hércules en que se desplaza a la base estadounidense de McMurdo, es deslumbrado por «montañas, montañas blancas». Ciertamente aflora «aquí y allá la escarpada superficie de un acantilado oscuro, pero todo lo demás cubierto de una capa de crema batida de un blanco immaculado»¹². La alfombra (blanca) de Nogueira, capa de crema batida para el personaje ficticio Wade Norton, uniformiza monocroma la nieve continental y los glaciares antárticos de los Valles Secos, «una suerte de blanco océano helado»¹³. Sym, la niña protagonista de la novela de Geraldine McCaughrean *Blanca oscuridad*, también homogeneiza por su cobertura blanca dos realidades geomorfológicas sumamente dispares como la banquisa de hielo y la plataforma continental antártica. En avión, como Wade Norton, Sym repara primero en la banquisa helada: «Debajo de nosotros había como un gran yogur de mar helado —a un lado, a otro, por todas partes—, un mosaico de piezas blancas de rompecabezas que decían a gritos: “¡Resuélveme! ¡Resuélveme!”»; poco después, sobrevuela la placa continental: «Y entonces, allí estaba: ¡el agujero más perfecto! ¡El radiante escudo blanco de la Antártida, agarrado a la curva del planeta!»¹⁴. Para el montañero español Ordino, embarcado en una misteriosa aventura austral, la Antártida es «el tapón blanco de la Tierra»¹⁵. Hielo y nieve, blancos, se extienden sin solución de continuidad sobre superficies muy diferentes: «El Hielo no distingue entre tierra y agua; se limita a sofocar el continente entero, desde el centro hacia fuera, y luego sigue por encima del océano [...]. Era la bandeja de hielo de la nevera de Dios». Tierra adentro, hasta el Polo Sur geográfico, la meseta antártica es «una gran extensión de linóleo blanco debajo de la cama de Dios» según Sym¹⁶; para el oriental Ta Shu, escritor de *haikus* y documentalista en una expedición de turismo de aventura que

¹² K.S. Robinson, *Antártida*, traducción Ana Quijada, Barcelona, Minotauro, 1999, pág. 79.

¹³ *Ibidem*, pág. 137.

¹⁴ Geraldine McCaughrean, *Blanca oscuridad*, traducción Isabel González-Gallarza, Madrid, Santillana Ediciones Generales (Alfaguara, Serie roja), 2006, pág. 63.

¹⁵ Juan Luis Conde, *Hielo negro*, Madrid, Editorial Debate, 2002, pág. 99.

¹⁶ Geraldine McCaughrean, *op. cit.*, págs. 66 y 129 respectivamente.

recrea la marcha de Amundsen al Polo Sur, la vasta meseta antártica, «esta blanca inmensidad», es «una llanura blanca infinita»¹⁷.

Los tropos comentados reflejan indudablemente una realidad natural de la Antártida, pero al mismo tiempo «construyen» una imagen de blancura omnímoda. Funcionan a modo de filtros ópticos reflectivos, que reflejan la blancura real, y simultáneamente como filtros ópticos de absorción, que recogen sólo la luz blanca de la Antártida. Ojos australes más finos amplían la paleta: si bien «de un continente que en su mayor parte es de nieve cabría esperar que fuese la blancura el color dominante», Debenham aclara que «la realidad es que, como es natural, la nieve siempre refleja algún matiz del color del cielo y en verano el del Antártico está por lo general cargado de color»¹⁸. Valerie Kenning, la experta guía de viajes de turismo de aventura a la Antártida, se sirve de esas tonalidades para colorear el Cabo Crozier de la blanca Antártida:

A esa hora de la mañana un vibrante resplandor rosado bañaba las altas pendientes del Monte Erebus y se reflejaba en la nieve azul de las pendientes más bajas y sombrías, creando infinitas tonalidades de lavanda y malva. Entre tanto, el cielo crepuscular mostraba lentamente el suave brillo de toda una colección de tonos pastel: anchas bandas de azules, púrpuras, rosados, incluso, en algunos momentos, de verde¹⁹.

Y Robert, uno de los adolescentes que participa en el programa televisivo «Superviviente histórico en la Antártida», se esfuerza por ver más allá de la aparente omnipresencia del blanco: «Esforzándose por ver con más claridad, consiguió romper la blancura en tonos de blanco lavanda, blanco verdoso, blanco azulado, blanco amarillento, blanco rosado...»²⁰. Pese a los testimonios de Debenham, autor real, y los de Valerie y Robert, entes de ficción, en los textos ficticios que sitúan su fábula en el continente antártico prevalece el filtro óptico de reflexión y absorción antes descrito: el señor Popper, pintor de brocha gorda en la anodina ciudad americana de Stillwater, entretiene apasionadamente sus horas de tedio con los relatos antárticos e imagina una alba Antártida: «Eso era lo que más lamentaba. Nunca había visto esas grandiosas y resplandecientes extensiones blancas de hielo y nieve»²¹; Grace Untoka, una joven esquimal inupiat que aspira a participar en el *reality*

¹⁷ K.S. Robinson, *Antártida*, *op. cit.*, pág. 309.

¹⁸ *Antártida, historia de un continente*, *op. cit.*, págs. 221-222.

¹⁹ K.S. Robinson, *Antártida*, *op. cit.*, pág. 23.

²⁰ Andrea White, *Operación Antártida*, traducción Isabel Campos Adrados, Barcelona, Editorial Planeta S.A. (Destino infantil y juvenil), 2007, pág. 142.

²¹ Richard Atwater y Florence Atwater, *Los pingüinos de Mr. Popper*, traducción Anne-Hélène Suárez Girard, ilustraciones Robert Lawson, Madrid, Ediciones Siruela (Las tres edades, 91), 2002, pág. 15.

show «Superviviente histórico en la Antártida», recoge el folleto publicitario donde se anuncia el programa televisivo y ensueña de inmediato, prefigurando culturalmente el paisaje que aspira a conocer: «Antártida, hasta el nombre sonaba blanco y limpio» (25)²². Tierra promisoría para Mr. Popper y Grace Untoka, la Antártida desquicia precisamente por su blancura a Peter Tomson, responsable de mantenimiento de la base austral donde diferentes científicos colaboran en el proyecto de investigación de la Unión Europea «White»: «Coup d’oeil autour de lui, mouvement giratoire: tout est vide et blanc. Immense plateau de neige. [...] Un dôme rond, un continent de glace accumulée. Est-ce qu’on peut appeler ça un paysage?»²³. Blancura, y además inhospitalidad, frialdad, inaccesibilidad, sequedad: según Lawrence Quigley, científico desplazado a la Antártida para estudiar sobre el terreno el grave deterioro atmosférico que padece el continente, «Allí no hay árboles, no hay águilas, no hay trinos, no hay flores, no hay mariposas, no hay polvo, ni siquiera hay gérmenes [...]; un lugar sin nativos, hermoso y terrible, donde toda soledad tiene origen. Un muro intacto de silencio»²⁴. «Est-ce qu’on peut appeler ça un paysage?». Para la crítica y novelista inglesa Jenny Diski, la Antártida sí es un paisaje, además de un destino turístico por el que apuesta vitalmente; un paisaje blanco como una página en blanco susceptible de ser escrita: «Mis motivos eran tan neutros como el paisaje al que ansiaba llegar. Se trataba simplemente de un deseo irracional de encontrarme en la base del mundo, rodeada por un territorio compuesto de hielo y nieve. Quería escribir *blanco* y distintas tonalidades de blanco»²⁵.

Escribir blanco sobre la blanca Antártida. La Antártida como una página en blanco. Este nuevo giro tropológico, que conduce desde el término real al metafórico en virtud de la copresencia de la blancura como rasgo aglutinante, contrasta con la amplia casuística recogida y glosada por Curtius en el capítulo «El libro como símbolo»²⁶. No estamos ante un paisaje ya escrito donde rastrear la escritura de Dios, sino ante una página en blanco por escribir. La escritura potencial de la página en blanco antártica no margina en absoluto la posibilidad de rastrear en la *Natura naturata* la huella divina, pero retrotrae lo divino al momento adánico de la creación. La anciana novelista Elizabeth Costello desembarca en la isla Macquarie en su periplo

²² Andrea White, *Operación Antártida*, *op. cit.*, pág. 25.

²³ Marie Darrieussecq, *White*, París, Gallimard (collection Folio, 4167), 2003, págs. 34-35.

²⁴ Raúl Guerra Garrido, *El síndrome de Scott*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, pág. 7.

²⁵ Jenny Diski, *Patinando a la Antártida*, traducción Gian Castelli Gair, Barcelona, Circe, 1999, pág. 141.

²⁶ Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, traducción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989, 2 vols., vol. I, págs. 423-489 (véase especialmente § 7, «El libro como símbolo», págs. 448-457).

por las islas subantárticas y encuentra fortuitamente un enorme albatros que protege bajo su corpachón a un polluelo: «Antes de la caída —piensa ella—. Así debía de ser todo antes de la caída. Podría dejar marchar el bote y quedarme aquí. Pedirle a Dios que se encargara de cuidarme»²⁷. Ecos espirituales análogos alientan la traslación figurativa de Ta Shu, el maestro de *feng shui* que narra en *off* al público chino las imágenes que retransmite simultáneamente desde la Antártida: «El hielo como un papel en blanco antes de la primera pincelada. El vacío original donde todo comienza»²⁸. Polly, la Memoriosa, uno de los adolescentes que participa en el *reality show* «Superviviente histórico en la Antártida», se pregunta en el barco que la traslada al sexto continente de qué le servirá su prodigiosa memoria cuando llegue: «Se sentía aterrorizada sólo con pensar en inmensas extensiones blancas. La Antártida debía de ser como el papel en blanco». Apenas desembarca en la Antártida, la captación del paisaje real queda mediada por el filtro tropológico que lo prefiguró como una página en blanco:

Sólo conocía los grandes espacios abiertos a través de los documentales de la televisión, y su primera impresión fue que era una superficie extremadamente grande. Vio a lo lejos las puntas dentadas de las montañas de hielo. El resto del terreno era una planicie blanca. La cabaña sobresalía como una única palabra en una página en blanco²⁹.

La Antártida como página en blanco, tablilla encerada a la espera del punzón que la cuente, también constata en clave tropológica la evidencia geográfica de una geografía sin hombres. Blanca, fría, seca, inaccesible e inhóspita, es una tierra sin Memoria; el aviador estadounidense Hurt trata de evocarle a su amigo Popper aquella misteriosa *Terra Australis Incognita*, tarea difícil porque «nadie vive allí. Nadie se queda allí. Un país sin memoria [...]. Aquí la historia existe porque hay un pueblo para recordarla, pero allí, no»³⁰; a la rusa Zinaida se le antoja «otro planeta del que la humanidad no tiene conocimiento ni recuerdo»³¹. ¿Es historiable la página en blanco de una tierra sin hombres ni memoria?

Frank Debenham, fundador del *Scott Polar Research Institute*, uno de los principales centros de investigación polar del mundo en la actualidad, fue uno de los geólogos integrantes de la legendaria expedición de Scott a la An-

²⁷ J.M. Coetzee, *Elizabeth Costello*, traducción Javier Calvo, Barcelona, Debolsillo (Contemporánea, 342/8), 2002, pág. 61.

²⁸ K.S. Robinson, *Antártida*, *op. cit.*, pág. 306.

²⁹ Andrea White, *Operación Antártida*, *op. cit.*, págs. 63 y 147 respectivamente.

³⁰ William Dietrich, *El Reich de hielo*, traducción Carles Urritz, Barcelona, Grijalbo, 1999, pág. 26.

³¹ Raúl Guerra Garrido, *El síndrome de Scott*, *op. cit.*, pág. 70.

tártida a bordo del *Terra Nova* y, poco después, historiador antártico. Figura esencial en los estudios antárticos, Debenham prologa su obra *Antarctica. The Story of a Continent*, publicada originalmente en 1959, con un interesante prefacio. Considera la imposibilidad de la habitabilidad estable como clave determinante para historiar la Antártida, pues le confiere a esa zona del globo un estatuto diferente al de otras zonas geográficas:

El lector va a conocer la leyenda de un continente. Ha de ser una leyenda y no una historia, puesto que trata de un continente inhabitado, en tanto que la historia se apoya sobre las faltas y debilidades de las comunidades humanas. *Es una leyenda sencilla*, pues nada nos puede decir de la prosopopeya de los reyes, de la dureza de las guerras o de los estragos de las plagas y las pes-tes. Más que la leyenda de un pueblo es la leyenda de una tierra, puesto que, aun en los momentos actuales, el número de hombres que han pisado el continente está por debajo de los cinco mil y el de mujeres, una media docena³².

Él, científico, explorador y más tarde historiador de la Antártida, uno de esos escasos cinco mil seres humanos que por aquella época habían pisado el sexto continente, conducirá el relato histórico por la senda de la Leyenda, pues su discurso queda necesariamente al margen de la Historia. Contar la Antártida, deshabitada, sería para Debenham construir su Leyenda. Fría, seca, inaccesible, inhóspita, blanca como una página en blanco sin memoria histórica... ¿qué puede haber de interesante en la leyenda de la Antártida, y dónde se fija el *origo* legendario?

Con todos estos aspectos negativos del continente sin vida, deshabitado y con muy poca tierra al descubierto, se tendrá la impresión de que la leyenda debe carecer de interés. No obstante, *si es adecuadamente narrada*, veremos que hay en ella un elevado porcentaje de romanticismo, pero sin pizca de positiva realidad que lo compense. [...] *Es una leyenda reciente*, puesto que sólo hace poco más de un siglo que el hombre se dio cuenta de que más allá de las barreras de hielo flotante había un continente cuya existencia, sin embargo, hacía siglos que no conocía. No obstante, en este corto período, la leyenda creció rápidamente en incidencias y en fuerza, y actualmente ha alcanzado un volumen insospechado hace diez años³³.

Deduzco del comentario de Debenham que, si no hubiera justificaciones *in situ*, el propio relato podría volver interesante la leyenda, cambiando pues el foco desde la realidad historiada al proceso de construcción en Historia narrable. La invención legendaria propuesta por Debenham (la «romántica»), no es ni natural, ni absoluta, ni única, ni descontextualizada, sino relativa a

³² Frank Debenham, *Antártida, historia de un continente*, *op. cit.*, pág. 5, la cursiva mía.

³³ *Ibidem*, págs. 5-6, las cursivas son mías.

su particular perspectiva en la construcción de la leyenda antártica. Ciertos discursos antárticos procedentes de países como España, Chile o Argentina denuncian ocasionalmente el ninguneo que padecen sus contribuciones históricas a la exploración y poblamiento del continente, excluidas de los relatos que se articulan sobre una leyenda antártica hegemónica que privilegia como término *ad quo* y *origo* del relato la denominada «época heroica» de la exploración antártica. Esta *Vulgata*, este canon imperante, asocia la leyenda antártica prioritariamente con las figuras de Scott, Amundsen y Shackleton, y privilegia un tiempo legendario —y por ende susceptible de ser narrado e historiado— que se inicia a finales del siglo XVIII, con las navegaciones del capitán James Cook. Debenham afirma que se trata de una «leyenda reciente», y destaca implícitamente el período inicial de la leyenda (con Cook, «hace poco más de un siglo») y su cenit («actualmente ha alcanzado un volumen insospechado»). Si bien el historiador inglés presenta un extenso, completo e interesante recorrido histórico por la historia antártica, desde la antigüedad clásica hasta su tiempo, ¿por qué considera que se trata de una «leyenda reciente»? ¿No serían también legendarios personajes de la leyenda antártica los peninsulares Vasco de Gama o Magallanes, por ejemplo? En el capítulo dedicado a las exploraciones en la época de los barcos de vela, el autor inglés filtra un comentario incidental que revela tal vez los procesos de exclusión e inclusión que orientan la erección de la leyenda antártica: «Ni Vasco de Gama (1497) ni Fernando Magallanes (1519) tenían propósito alguno de explorar el Antártico, puesto que sus objetivos fueron exclusivamente encontrar la ruta de las Indias Orientales de las Especias»³⁴. Otros historiadores han resaltado el valor extraordinario que tuvieron durante los siglos XVI y XVII los viajes australes de Mendaña y Quirós para la constatación, insospechada, de las extraordinarias dimensiones del Pacífico y del Atlántico. ¿Ha de prescindirse de la consideración legendaria de ambos marinos en la leyenda antártica porque exploraban los mares australes inspirados por los relatos incas de las «Islas de Oro», en la «convicción de que existía un gran continente sur desconocido»?³⁵. Si bien es cierto que los viajes del capitán Cook principian el sistemático recorte de una *Terra Australis Incognita* desmesuradamente grande en las representaciones cartográficas, no lo es menos que marinos errados, extraviados o errabundos propiciaron correcciones de viajeros posteriores. «De aquellos viajes se supo, cuando menos, por dónde no estaba la Antártida, y estas inexistencias, comprobadas por la experiencia, fueron plasmándose en los mapas»³⁶. El criterio de los «hallazgos inesperados» de

³⁴ *Ibidem*, pág. 9.

³⁵ Felipe Fernández-Armesto, Felipe, *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*, traducción Luis Nacenta, Barcelona, Ediciones Destino, 2006, pág. 297.

³⁶ Juan Batista González, *op. cit.*, pág. 9.

la exploración antártica es, en el caso de Debenham, un recurso mediante el que se excluyen o minimizan ciertos personajes, hechos, fechas, naciones, empresas australes... En una palabra, un criterio, entre otros, para privilegiar determinadas leyendas antárticas sobre otras subalternas, no hegemónicas, en una contienda donde se enfrentan imaginarios antárticos diversos, heteróclitos, en torno a una sola realidad que es construida mediatamente por esos mismos discursos. Discursos históricos como el de Debenham construyen la leyenda, o ficticios como la novela *Antártida* de Kim Stanley Robinson. El chino Ta Shu, recién llegado a la Antártida en su segunda estancia en aquel continente, recuerda a sus telespectadores chinos el primer desembarco humano en la Antártida, atribuido al anglo-noruego Carsten Borchgrevink cuando el 24 de enero de 1895 arrió un bote del barco *Antarctic* y holló una playa pedregosa cercana al cabo Adare³⁷. Poco después, de camino hacia la base americana de McMurdo, Ta Shu se encuentra en la Isla de Ross, «profundamente enredada en las arterias del dragón de la historia» porque fue allí donde desembarcaron en la Antártida Scott y Shackleton en la expedición del *Discovery* de 1902. «Como he dicho, sólo hacía siete años que alguien había pisado el continente por primera vez. *Para la humanidad era como una página en blanco*»³⁸. De 1895 (Borchgrevink) a 1902 (Scott y Shackleton), apenas siete años sobre un continente que para la humanidad era como una página en blanco, como tierra sin historia, pero tierra susceptible de ser escrita. Y los primeros registros históricos desde 1895 son los de los primeros exploradores, los primeros antárticos. Amundsen será recordado siempre como el primero, «sobre todo en este continente sin apenas historia humana», comenta Ta Shu³⁹. La guía turística Valerie Kening monta la tienda del grupo turístico que dirige cerca del Espolón del Carnicero, topónimo que recuerda el sacrificio de algunos perros de Amundsen en pro de la culminación exitosa de la carrera polar al Polo Sur. La figura del noruego suscita la polémica entre los turistas acampados, tenso debate que provoca la siguiente consideración:

Comieron, descansaron, meditaron. Era extraño ver la profunda huella que aquellas primeras expediciones habían dejado en las gentes de la Antártida. Nadie sabía qué había pasado allí en el Año Internacional de la Geofísica, nadie sabía cómo habían sido los años de la marina estadounidense ni la historia del sector australiano o de los neozelandeses en el lago Vanda, o del goteo continuo de expediciones privadas y otras hierbas. *No se recordaba más que el principio*⁴⁰.

³⁷ K.S. Robinson, *Antártida*, *op. cit.*, págs. 82-83.

³⁸ *Ibidem*, pág. 84, la cursiva es mía.

³⁹ *Ibidem*, pág. 250.

⁴⁰ *Ibidem*, págs. 258-259, la cursiva mía.

El principio de la historia antártica, pero según los prolegómenos de ciertos discursos antárticos; el *origo* que había dejado su huella «en las gentes de la Antártida», pero no en todas las gentes de la Antártida; el comienzo de un continente apenas sin historia humana, pero cuando se sitúa lo legendario, lo narrable, lo historiable sobre la Antártida en la época heroica de la exploración antártica: finales del siglo XIX y comienzos del XX, las mismas fechas en que empezó a plantearse según Debenham «la necesidad de propiedad o jurisdicción sobre el propio continente» a raíz de las tensiones surgidas entre los países reclamantes de zonas antárticas⁴¹; la página de cortesía inicial, en blanco, de un libro por escribirse, pero que ha borrado la escritura previa a la fecha *ad quo* propuesta por Debenham, Ta Shu o Valerie Kenning, cuya naturaleza de palimpsesto se trasluce al contrastarla con la escritura legendaria de la Antártida erigida por los discursos subalternos. No es cierto que la Antártida fuera una página en blanco para la humanidad, salvo precisando que el aserto tiene viabilidad si sancionamos un discurso poderoso, omnímodo, excluyente, absorbente.

Cierta incomodidad ante la leyenda antártica de Debenham trasparece en el propósito declarado con que acomete Juan Batista González la redacción de su libro *Antártida: ayer, hoy, mañana*. Una denuncia, probablemente legítima, contra la forma en que la política austral del Imperio de los Habsburgo ha sido obliterada en cierta historiografía antártica. El militar español, director del equipo que instaló la base Gabriel de Castilla en la Isla Decepción, tuvo ocasión de advertir en sus lecturas que el interés historiográfico sobre la Antártida marginaba el estudio del modo en que se fue configurando cartográficamente la *Terra Australis Incognita* al hilo de las exploraciones de los siglos XV, XVI y XVII, centrando la atención en un período —segunda mitad del siglo XVIII— marcado por la figura del capitán James Cook: «Sólo desde los viajes de James Cook se observa por parte de los estudiosos un seguimiento —no objetivo y con muchas soluciones de continuidad— de las exploraciones del continente austral»⁴². No niega el militar e historiador español que los viajes australes del capitán James Cook terminaran por imponer la realidad moderna del mundo antártico a una cartografía renacentista que lo había sobredimensionado extraordinariamente, trasladando a los mapas vagos e imprecisos relatos exploratorios, teorías erróneas sobre el equilibrio entre los dos hemisferios o idealizaciones geográficas que animaron la avidez de aventureros. Lo que parece no compartir el historiador español es la idea de que la cartografía y las exploraciones *a. Cook*, «antes de Cook», no sean dignas de estudio. Mapas erróneos pudieron alentar exploraciones que

⁴¹ Frank Debenham, *Antártida, historia de un continente*, *op. cit.*, pág. 259.

⁴² Juan Batista González, *Antártida: ayer, hoy, mañana*, *op. cit.*, pág. 7.

los enmendaron, frustrados horizontes ilusorios pudieron desencadenar la revelación de realidades falsamente teorizadas y cartografiadas. Así pues, el aserto indubitable de Debenham de que Vasco de Gama (1497) o Fernando Magallanes (1519) no tenían propósito alguno de explorar el Antártico, ya que buscaban la ruta de las Indias Orientales de las Especias, y su fijación cronológica a *Cook*, no invalidan su incorporación a la historia de la Antártida ni excusan del estudio de sus exploraciones con vistas a la construcción de una leyenda antártica más plural, cercana por ejemplo a la que propone Silvio Zavatti en *El polo antártico*, quien, en su breve recorrido por las exploraciones antárticas, encumbra a Cook como «uno de los mitos en la marcha hacia la Antártida»⁴³, pero no por ello deslegitima la relevancia de exploraciones a *Cook* como las ibéricas de Jorge de Meneses (1526), Álvaro de Saavedra (1529), Ruy López de Villalobos (1544), Álvaro Mendaña de Neira (1567) o Pedro Fernández de Quirós (1605), o las holandesas de los siglos XVI y XVII⁴⁴. Descuidos inmotivados o ninguneos premeditados, los filtros selectivos de la historiografía antártica que critica Batista González sostienen el tamiz en una vituperable tendencia que impide la objetividad y el rigor historiográficos: el mal del nacionalismo. Un recorrido por la historiografía antártica le revela cómo la suma de los aportes de los discursos antárticos no resulta en la construcción de un discurso unitario, sino en uno incompleto y parcial donde cada sumando desestima o rebaja las aportaciones de los otros. La incompletud se explica porque los sumandos están orientados por sendos intereses nacionales, y siendo éstos en ocasiones incompatibles, restan en vez de sumar. Según Batista González,

la falta de objetividad que denuncio viene motivada por el nacionalismo que inoculan en sus escritos cuantos han historiado la actividad humana en aquellos territorios, pues cada uno lo ha hecho desde una óptica particularista, disimulando, censurando y hasta ignorando —conscientemente— lo que otros, portando otras banderas, han hecho en beneficio del conocimiento de ese rincón del planeta⁴⁵.

De este modo, Batista González propone en *Antártida: ayer, hoy, mañana* devolverle a España su papel protagónico en la historia antártica, pero sin incurrir en el vituperable nacionalismo que detecta en leyendas ajenas. Se trataría pues de «realizar un trabajo de investigación en busca de una historia de la Antártida que resultase lo más completa posible, sacando del olvido a quienes cayeron injustamente en él»⁴⁶. Particularmente,

⁴³ Silvio Zavatti, *El polo antártico*, traducción Juan Godo Costa, revisión y presentación Rafael Candel Vila, Barcelona, Editorial Labor S.A. (Nueva colección Labor, 42), 1969, pág. 42.

⁴⁴ *Ibidem*, págs. 34-37.

⁴⁵ Juan Batista González, *op. cit.*, pág. 172.

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 8.

España quedaba envuelta en un silencio clamoroso y absolutamente anti-científico. Acometí, pues, el trabajo de sacar a la luz esas previsibles proyecciones hispanas hacia el austro, apoyándome en una sólida documentación y en el análisis y contraste de la bibliografía a la que fui accediendo. Y me propuse que no fuera simplemente una «historia de España en la Antártida», evitando arrimar el ascua a mi sardina, lo que tantos otros habían hecho antes. [...] Procuré reconocer a cada cual lo suyo. No obstante, España era la protagonista⁴⁷.

No obstante lo afirmado por el propio autor, cuando se inicia la objetiva, neutra y científica documentación del «Quién es quién» en el mundo austral, se tiene la impresión de que el vicio nacionalista mancilla a los mismos que denuncian sus males. Peor incluso, se plantea si no será inexcusable su presencia tan pronto como se procede a la invención de una tradición. En este caso, a la invención de la tradición de una remotísima vinculación de España con los asuntos australes y antárticos. Batista González comenta en el capítulo «La Antártida desde el mito hasta la historia» la geografía de Pomponio Mela, natural de Tigetera (la actual Algeciras). En su *Chorografía*, especulaba Mela con la posibilidad de que las fuentes del Nilo se encontraran fuera del continente africano, en otro situado más al sur desde donde sus aguas, tras pasar sumergidas por el mar que separaba esta hipotética tierra austral de África, volvería a aflorar en suelo africano:

Acertó, pues, al presentir que la Antártida existía. Y como fue el primero en hacer notar esta evidencia, podemos afirmar que la historia de esta última tierra del planeta comienza con la *Chorografía* de aquel andaluz de Tigetera allá por los años cuarenta de nuestra era. Se equivoca, pues, nada menos que en más de mil cuatrocientos años el historiador de la Antártida Frank Debenham cuando reconoce, reticente, que «fueron los españoles, aunque capitaneados por el portugués Magallanes, quienes por deducción concibieron la idea de un continente antártico». En efecto, españoles por deducción concibieron dicha idea. Pero no durante el reinado del César Carlos —como señala el investigador británico—, sino reinando Claudio, uno de los césares romanos⁴⁸.

Inopinadamente, una provincia del Imperio de Roma se convierte extemporáneamente en la cuna de un andaluz *avant la lettre* que otorga a una por entonces inexistente España la palma de las primicias antárticas para enmendarle la plana al británico Debenham. Todo por escribir sobre la página en blanco de la Antártida, aunque sea para emborronar su blanca superficie.

⁴⁷ *Ibidem*, pág. 8.

⁴⁸ *Ibidem*, págs. 68-69.